

EL GUARDAVÍAS Y SU HIJO

Jacobo Teemann era guardavías del ferrocarril del este de Tennessee y tenía la responsabilidad de vigilar especialmente el gran puente de Hiawassee, que distaba unos cien pasos de su hogar. La casita misma estaba situada en un desfiladero por donde pasaba dicho ferrocarril, constituido por una línea doble que corría por entre su domicilio y una colina. Hacía una semana que llovía, y a causa de la excesiva humedad la tierra se había vuelto movediza.

-Hoy ocurrió un nuevo desmoronamiento de tierra un poco abajo de Sweertwater -dijo Jacobo a su hijo Roberto, un muchacho de trece años que estaba junto al fogón y se hallaba ocupado en tallar una raqueta. Jacobo era viudo, y su Robertito tenía que atender los quehaceres domésticos, que realizaba, sin embargo, de un modo tan poco satisfactorio que su padre muchas veces sentía la necesidad de contar con un ama de casa.

-Esas colinas rojas de Tennessee no tienen igual cuando comienzan a derrumbarse -dijo Roberto, y mostrando la raqueta preguntó:

-¿No te parece que está bien, papá?

-Pienso que sí -respondió lacónicamente el padre mientras se dirigía a la puerta para observar el tiempo. La perspectiva de esa noche no era muy animadora. El firmamento estaba envuelto en una densa oscuridad a través de la cual caía una lluvia fina. Del lado del puente venía un rumor sordo como si el viento y las aguas del río se hubiesen trabado en lucha. El río ya había traspasado las márgenes, anegando todo el bajo en la extensión de un kilómetro y medio.

Pensativo, Jacobo cerró la puerta y se sentó junto al fogón. En seguida se oyó un ruido extraño y crujiente que provenía de la colina de enfrente.

-¿Qué será eso? Voy a ver que... -estaba diciendo Jacobo, pero no pudo terminar la frase.

El ruido sordo terminó en un estampido violento. Algo golpeó de frente contra la casa y la aplastó como a una cáscara de huevo. La luz se apagó. Jacobo hizo un esfuerzo por levantarse, pero fue empujado hacia abajo de la mesa, donde quedó preso entre los fragmentos que crujían. Cuando cesaron los golpes y el estrépito, sintió, además de otras contusiones, un dolor punzante en la pierna derecha. La oscuridad era completa y la lluvia le hería la cara.

-¿Dónde estás, papá? ¿Estás herido? -preguntó la voz temerosa y afligida de Robertito.

-Pienso que tengo una pierna fracturada. Tal vez esté solamente dislocada. Ya el mes pasado le advertí al jefe de tráfico que esta colina tarde o temprano se iba a desmoronar -gimió Jacobo.

-¿Eres tú el que estás aquí, papá? -dijo el muchacho que se hallaba ahora junto a él.

-Me imaginé que estabas herido, porque te oí gemir.

-Sí, soy yo, hijo mío; si puedes remover un poco este montón tal vez pueda zafarme de aquí. La vía debe estar obstruida en una gran extensión. Fue un alud de tierra, y uno importante.

-Bien, papá, trataré primero de librarte, y después veremos, -dijo el muchacho empleando todas sus fuerzas para remover el montón de tierra y escombros.

-Pues bien, hijo mío, ya es bastante; pienso que ahora con un poco de esfuerzo podré zafarme, pero no debe tardar el tren expreso N° 4, que parte de Laudon a las 23:15. Consulté el reloj poco antes del derrumbamiento, y eran justamente las 22:30.

-¿No podemos hacer señales? -preguntó Roberto.

-Temo que no. Estoy casi seguro de que las linternas estarán rotas, y además, ¿cómo sería posible hallarlas debajo de este montón de escombros? ¿Sabes dónde están los fósforos? No tengo ninguno conmigo. No se podían encontrar los fósforos ni las linternas. Todo estaba probablemente enterrado. Era de admirar que Jacobo Teemann y su hijo no estuviesen enterrados también.

-¡Ah, Dios mío! ¿Por qué teníamos que ser reducidos a una condición tan deplorable? -exclamó Jacobo.

Con la ayuda de su hijo, Jacobo había conseguido salir de debajo de la mesa, pero no podía andar.

-Estoy completamente molido. Tendrás que ir tú mismo hasta allá, Roberto -dijo él.

-Hasta... ¿hasta dónde papá?

-Hasta Laudon. Alguien tiene que ir allá para comunicar lo que ha ocurrido. ¿No acabo de decir que el expreso está por llegar? No podemos permitir que se estrelle contra esta montaña de tierra mientras uno de nosotros pueda arrastrarse.

-Pero, ¿quién podrá cruzar sin linterna el gran puente de durmientes, papá?

-Tienes que tantear el camino, Roberto -dijo el padre, que había resuelto mandar al niño a Laudon, aunque con gran riesgo de su vida. "¡Oh Dios, perdóname que mande al niño!", se decía angustiado el padre.

-Es difícil, Roberto, pero no hay nadie que pueda hacer parar el tren, pues somos los únicos que estamos de este lado del puente en un kilómetro y medio a la redonda.

Roberto vaciló un instante. ¿Era justo que dejase a su padre, herido y solo, para tratar de salvar a otros? Pero Jacobo puso rápido fin a esas vacilaciones.

-No hay tiempo que perder si quieres llegar a Laudon a tiempo. Son muchas las vidas que están en juego.

-Ya voy, papá.

Roberto tomó la mano de su padre, la apretó y se retiró después conteniendo un sollozo que traspasó el corazón de Jacobo.

-Dios mío, perdóname si hago mal, pero en las condiciones en que me encuentro, sería imposible para mí llegar a tiempo -suspiró Jacobo.

Cuando Roberto trepó por encima del montículo de tierra que obstruía la vía, se convenció de que el padre tenía razón. Era necesario llegar a Laudon costara lo que costase. Si el tren se estrellaba contra esa montaña de tierra, muchos perderían la vida. La oscuridad era tan densa que Roberto sólo se podía mantener en la vía andando a tientas. Palpando los rieles, Roberto fue avanzando poco a poco hasta que una ráfaga de viento, de abajo, le hizo comprender que estaba sobre el puente. Era necesario pasarlo a gatas, y al mismo tiempo con rapidez, porque al cabo de pocos minutos llegaría el tren.

¿Llegaría a Laudon antes que el expreso? Esa preocupación lo afligía todavía más que el miedo que le infundía su difícil empresa. Troncos de madera arrastrados por la corriente chocaban de vez en cuando contra los pilares del puente, haciendo estremecer toda la estructura. Como el río se había desbordado, venían troncos de árboles y otros objetos de todas las direcciones procurando pasar justamente allí donde el puente les obstruía el paso.

¿Qué sucedería si alguna balsa deshecha viniese a dar contra los pilares y destruyera el puente? Roberto no tenía tiempo para pensar en la posibilidad de semejante peligro, pues concentraba su atención en avanzar lo más rápidamente posible para alcanzar el tren.

Finalmente había traspuesto el puente principal, y le faltaba atravesar un trecho de construcción de madera del otro lado del mismo, por debajo del cual las aguas bramaban, despedazándose en la oscura profundidad. Las fuerzas de Roberto comenzaron a disminuir.

Si no lograba cruzar esa extensa construcción de madera, no sólo no podría dar el aviso de alarma, sino que él mismo sería aplastado por el tren.

De repente sintió un choque inusitadamente violento, como de un objeto de gran peso que hubiese dado contra los durmientes.

Toda la construcción crujió detrás de él, pero no tenía tiempo para pensar en la posible causa de ese estruendo, y mucho menos para tratar de averiguarla. Ese incidente más bien lo indujo a empeñar sus últimas fuerzas. Debía llegar a tiempo a la estación, de lo contrario estaría todo perdido.

Entre tanto, el padre de Roberto permaneció durante algún tiempo acostado, pensando en lo que había sucedido.

Después se irguió con dificultad y observó a través de la oscuridad en dirección de las aguas que rugían, hasta que los ojos le comenzaron a arder. Era como tratar de ver a través de una muralla de piedra. La densa oscuridad lo hizo estremecer cuando pensó en los terribles obstáculos que debían oponerse a Roberto en el camino. Pensó en lo joven que era, en los horrores de aquella noche terriblemente lúgubre, y en todo lo que podía sucederle a su hijo y frustrar su tentativa.

Esta ansiedad de espíritu en que se encontraba Jacobo se volvió finalmente insoportable. Luego se empezó a recriminar por haber obligado al niño a realizar algo tan peligroso. Por fin, el deseo de ver seguro a su hijo tal vez llegó a exceder al cuidado por la salvación de otros.

Dominado por estos sentimientos de angustia, Jacobo trató de arrastrarse hasta la vía, donde comenzó a vagar, sin rumbo, palpando entre los rieles, lo que, a pesar del dolor que sentía en la pierna, contribuía de alguna manera a calmar la tempestad que se había desencadenado en su espíritu. Según calculaba, hacía bastante tiempo que Roberto había partido. ¿Habría llegado allá con seguridad?

Mientras Jacobo se iba arrastrando hacia adelante, con este pensamiento torturante, vio de repente una gran luz que surgía de la curva que quedaba más acá de Laudon y que avanzaba hacia donde él se encontraba.

-¡Dios mío, el expreso! Es el tren, -exclamó con gran angustia, olvidándose, con el espanto, de todos sus dolores...

¿Dónde estaría el niño? Quizás Roberto no había llegado a tiempo a la estación. ¿Qué habría sido de él? Y, ¿cuál sería la suerte del tren que se aproximaba? Con este cruel pensamiento el pobre Jacobo se fue arrastrando hacia adelante, palpando un durmiente tras otro hasta que, de repente, su mano palpó... el vacío.

Le costó mucho mantener el equilibrio.

Con gran precaución repitió la operación, y un escalofrío recorrió su espalda. Evidentemente una parte del puente había sido arrastrada por el torrente.

-Serán los objetos flotantes los que causaron esto. Y ahí viene el tren. ¿Cuál habrá sido la suerte del niño? - dijo Jacobo, temblando de frío.

Como un desesperado, el padre, tendido sobre los durmientes húmedos, y torturado por el dolor, levantaba las manos trémulas exclamando: "¡Hijo mío! ¡Mi hijo Roberto!" Fue todo lo que pudo decir, mientras el corazón amenazaba con partirse. El tren, con sus grandes ojos de fuego, se venía acercando, y allí estaba él sobre los rieles sin poder hacer nada. Toda tentativa de lanzar un grito de alarma fue inútil. Mientras el ruido de la locomotora y el rumor de las aguas en la profundidad le penetraban hasta el alma, pareció ver delante de sus ojos centenares de luces danzando en torno de él y burlándose de su angustia; de repente, un vértigo lo hizo caer en un silencio profundo.

-¡Papá! ¡Papá! ¿No hay quién pueda hacerlo volver a la vida? ¿Cómo habrá caído él aquí abajo? -

Tranquilízate, niño, él pronto volverá en sí. Puedo percibir los latidos de su corazón. Cuando Jacobo Teemann abrió los ojos, su primera pregunta fue: "¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está Roberto?" Pero Roberto ya se había arrojado a los brazos de su padre y no encontraba palabras para expresar su alegría por haberlo reencontrado. Entonces el guardavías preguntó acerca del tren.

-Llegué justamente a tiempo a la estación de Laudon, papá. Al hablarles entonces del derrumbe de tierra y de tu condición, estos hombres me pusieron en la locomotora y vinieron hasta aquí a fin de conocer la situación. Yo les dije que una parte del puente debía haberse caído detrás de mí, porque tal fue la sensación que me produjo el estremecimiento causado por el choque que oí cuando cruzó el puente. Así pues, tomamos el bote del jefe de la estación y llegamos justamente aquí donde te encontramos tendido sobre los durmientes. ¿No sucedió todo maravillosamente, papá? -le dijo Roberto.

Los empleados del ferrocarril pusieron a Jacobo y a su pequeño salvador en la locomotora, y cinco minutos después estaban en la estación de Laudon, rodeados de una gran multitud de pasajeros curiosos y agradecidos. No se necesita añadir que no faltaron en esa ocasión las atenciones de parte de los agradecidos pasajeros, y que durante ese imprevisto tiempo de espera, Robertito fue festejado como el héroe del día.

El deber cumplido, como toda victoria, es tanto más glorioso cuanto más ha costado.